

# DEL OTRO LADO...

---

Autor: JUAN L. ORTIZ

---

## DEL OTRO LADO...

Del otro lado... mas de cuál de tu silencio, todavía  
amarillamente me miras...  
y allende el espectro, aún, tal como solías  
hacerlo aquí  
atravesando, además, merced a ése tu invisible  
de topacios que trasminarían,  
hasta los aparecidos  
de la pena en el afuera, consecuentemente, del frío...  
atravesando la neblina  
que habría concluido por cernir  
el nunca mismo...:  
me miras y me dices con ese soplo tuyo que no llegaba a oírse  
ni cuando, continuándome, lo tejías:  
me dices:  
seca, amigo, tu vigilia...  
sécala...  
y descíndele esas hojillas  
que a veces le aíslan  
la caída  
al más abajo del río,  
aunque para emerger el alma, es cierto, nuevamente, al celeste  
extraviado en el vidrio  
por el azoramiento y la humedad de unas pupilas  
al asomarse al minuto  
Seca, amiguito, entonces, tu vigilia  
pues nosotros pasamos no sé cómo, y en seguida  
del horror que viste  
bajo eso de la vecina, más si cabe, prohibido  
a las mancillas  
de los tachadores de límites  
ya que sacramentaba no tan sólo la purificación de la familia  
toda, del "hilo"  
sino de la "infamia" aún de lo visible  
y hasta de lo invisible  
que "tocaría", en tal caso, a los bramines  
con sólo una, ramita  
que, sobre la tapia, les rindiera unas púrpuras de Tirio,  
o con un tallo que, colindando, les humillase unos racimos  
de oro de Ophir,

o con la celebración, todavía,  
que al atardecer, episcopalmente, les ungiera en amatistas  
sus alardes de gasolina...  
pues, pasamos —repito— en seguida  
del horror que moriste  
más que viste  
bajo eso que no, no lo "lavara", no, ni desfondando su lejía  
sobre las tinieblas del ángel...:  
pasamos a una existencia que, de aquí, naturalmente extrañase  
a lo que se llama vida,  
pero en la cual, hojas y hojas en la orilla.  
acaso,  
del plenilunio del Nilo,  
dan en fosforecer un rastreo de sombrillas  
o de quita-serenos, diría,  
en una memoria de las que acá nos acogían  
bajo el maleficio  
que lloraba el propio "Ojo de Ra" hacia los fines  
del estío...:  
me acogían con el "Negrito",  
éste que, de debajo de unas ruedas y sin concluir  
su lacrado el "sino"  
que dicen,  
justo, ayer, me fuera restituido  
con el hipo,  
todavía, de la resina...:  
ése que, ¿lo recordarías?  
jugaba a dispararme enlazamientos de sombras en cariños  
de manguitos  
cuando el jardincillo  
a que con ustedes salíamos,  
iba dejando sin sostén y en un modo de ánimas, tras sí,  
unas estelas de jazmín...  
ése, cuyo afelpado, al momento  
peinaba lampos que no habían aún aparecido  
y azulaba en chispas  
la ultra-noche, si me permites, que debía  
a los dos requerirnos  
con una soledad de efluvios  
viniendo, quizás, de los desprendimientos que a los cielos del  
principio,  
al deshojarlos, les impusieran  
unos cataclismos...  
Y ni qué decir: aquellas hojas de Isis,  
tal vez, que tapizan  
y pierden, lunarmente, las riberas de la divinidad que miraría  
por nuestras niñas:  
no podrían extinguir  
de éstas que "entristecen" para siempre, sí,  
bien que por un humor de la pila,  
la "gracia" de una heroína

de Lamartine...:  
de éstas, las del círculo del Cesto y su final de remolinos  
con el despido  
contra las puntas del día  
de unas risas cuyo "espíritu"  
no podría extinguir  
ni el apocalipsis  
de los seiscientos caballos desatando, simultáneamente, la huida  
y por su parte en el "giro"  
también del "juicio"  
bajo el otro de los clarines  
que, desde las perchas de por ahí  
desgarran, ya, la palidez y dan un anticipo  
del "último" por venir,  
para los "primeros" en galones por la hazaña de escanciar, y hasta el  
crujido,  
las venas, más que las viñas  
de los Josafat de esta orilla...:  
y en una medida  
aun de galón por cada sed,  
tras los cuarteles que, ahora, más estrelladamente, la signan  
sobre sable, está dicho. ...:  
de estas "heroínas", sigo, bebedoras pues de whisky  
y no de la leche del cielo...:  
de éstas que, habiendo contraído sobre su apelativo  
unas jinetas, todavía,  
resultan "obligadas", así,  
no sólo a "dégainer" sino, además, a iniciar a sus chiquillos  
en la valentía  
de aplastar a unos recién nacidos...  
y a la vista  
de otra madre, al fin,  
aunque, por nacimiento, ésta, en una piel que no debe, de  
consiguiente, al frío  
ni al exterminio de nadie  
en el linaje en que los siglos, atigrándolos, terminarían por tupirle  
estambres en nubecillas...  
de otra madre, pues, decidida,  
oh, desde el "asco" de su condición y de su trance, a no huir  
sobre sus seis agonías...  
Y eso que hubiera podido hacerlo, tirándome  
en rayos, hasta inscribirles  
en cera  
un entrelazamiento de líneas en despidos y corridas y vahídos  
de estrellas y redecillas...  
y la fluorescencia, un mas, de una suerte de Erimnia  
con azufres a la mira,  
y desenvainándoles, aún, lunitas,  
para jugarles, a un tiempo, la iluminación del "caído"  
en la inminencia, por añadidura,  
del "virus":

ése que, entre otros beneficios,  
permite, ahora, apagar con una bala, y contra el sueño, todavía,  
de una puerta de por ahí  
al fondo de un patiecillo,  
los ojos que confían a los ojos del bípedo, a partir  
del cubil,  
su segundo de eternidad...  
y que nunca le han cerrado la velada  
a lo largo de lo desconocido...  
ni la tierra, aún, sobre lo desconocido  
al llegar a latir, póstumamente, casi, aunque en lo audible  
la apelación a la sima,  
mientras aflora ésta, desde unos restos en disputa  
con la ceniza,  
esas llamas en que deben de seguir  
el "aura" todavía...  
Hubiera podido, yo, entonces, huir  
a favor de ese pánico de cera que se resolvería,  
albinamente, en lo íntimo  
y esforzaría, luego, el mecanismo de ése (perdón, ése, otra vez) que  
me viniese  
en quimera de nieve  
a deshelar en el "jamás" la sombra que yo había  
tan luego elegido  
para mis dádivas a la luz,  
sin sospechar, claro, que el secreto, ése, aparentemente, de los grillos  
era la proyección sobre el baldosín,  
de nada menos que la inviolabilidad dada a un ministro  
de la "purísima"...  
Hubiera podido huir, sí, hubiera podido...  
y más cuando el terror les hubiese a una desprendido  
los palos y el rifle...  
Huir  
y ganar en un vuelo la paz de la cocina y la alegría  
de los reencuentros y de los mimos  
seguidos de la sorpresa, es cierto, por el otro "vacío"  
que me demorase tras la comida  
aunque sin asimilarlo, desde luego, al "olvido"  
de la "coronelilla"  
desembragando hacia los céspedes o en dirección a las "mesitas"  
según las devociones del "chic",  
ante el llanto de los chicos consignado, maternalmente, al "servicio"  
de los paños que no "servirían"  
bajo los derrames, al grito, de la radio en paroxismo  
como para desleir  
el barrio, y no dejar en su integridad, a la vez, ni un tímpano en el  
mismo  
con los descuellos en filo...  
Hubiera podido, insisto, huir...  
huir... aunque hubiese sido únicamente" para corresponder a la  
aflicción que

[intercedía  
Ya solo por mí  
ante por consiguiente, la "des-graciaila"  
que el camino  
le cerraba en dueña...  
aflicción que me allegaba, calando aún la algarabía,  
la voz aquélla de la salida  
del baldío...  
la que, primero, en ese diciembre de las diez,  
descendiera sobre mis gritos  
entre un enredijo  
de guías en penumbra, al que ocelaba, intermitentemente, el oro de  
una brisa  
de paraísos,  
pero que mojaba todavía... todavía...  
mi azoramiento de desvalida...:  
la voz que hube, ahora, de adivinar como cortándose a la orilla  
de un precipicio:  
adivinarla a través del zumbido  
— ¿en qué laberinto?—  
con que la deflagración, supersónicamente, me reverberaba no  
sabía  
qué tañir  
pero que resultase a pasaje...  
y el que dije...  
    Más yo que te rogaba, y hace rato, enjugar el desvelo  
yo, por lo visto  
no hago, ay, sino abrirle  
un Estige  
que, contrariamente al otro, y a lo largo de la luz, sola ha de permitirle  
mirar por las heridas...  
Y es que, mi amiguito, ese estupor que nos aplican,  
ese estupor de vivir,  
es el abismamiento, otra vez, del iris  
en unas pupilas  
que no pueden fijar ni nictálopemente, ni al segregar las estrellitas  
que vio tu mujer, casi  
en simultaneidad con las suyas o por en medio de los hilos  
que extremarían,  
goteándolo, su equilibrio...  
que no pueden fijar  
el sentido  
de esa heráldica que, al parecer, finca  
en ilustrar el "azur" de la especie  
y el armiño  
de un habido de bienes en mal, por otra parte, de raíces,  
en abonos de peonerías  
y en limos  
patrióticamente, luego, de quintos...:  
en ilustrarlos con el suero, sin un respingo,  
del "ínfimo",

y en las piezas, en piezas  
de la "villanía",  
y ello en "cruzadas", si en villa, hasta el país...  
de las segregaciones... o del fondito...  
Y es que, mi amiguito, las pupilas se me vierten, oscuramente, aquí,  
al ver, como lo hice,  
luego, de allá, y ay, por encima  
de la rueca con que ya daba en reducir,  
gutualmente, el olvido  
de los cabellos del éter, y hecha toda un ovillo  
con mis cachorritos...:  
al ver, te decía, una figura de humo que sin duda pretendía  
regresar a sus papelillos  
    pero flotaba, curvándose, curvándose, muy arriba de las cifras  
de los follajes de nieve...  
o desgarrando algo como filamentos de cirros,  
en desespero de lluvia...  
Y es que, mi amiguito, me toca, seguidamente, reasistir a una cena  
de sombras  
[en un tris  
de ingerir, en verdad, su mutismo,  
el que, de adentro, y por instantes, los conmina  
con hundirlos  
en un torbellino  
de silencio de sal que les secura los ojos, y por más de unos minutos  
si retornasen de su desvío  
Y es que, mi amiguito se me vuelca, aún más, la vista  
al rever, después, la asfixia  
o poco menos, de ella, ya en el lecho, y con dificultad para emitirla,...  
de ella mirando por arriba  
del pecho en hipos...  
mirando y anegándose al asomarse, otra vez, a las dos simas  
que antípodamente, o casi, le escurrían  
la inminencia, sin revocación, de una manera de sub-escalofrío  
desde debajo de unos cirios  
de aljibe...  
Y es que, consiguientemente, mi amigo, es aún mi recaída  
en la inquietud por la madrecita  
a merced del remolino de otras lágrimas que, al parecer, no  
terminan  
de mojarle lo inaprensible  
de unas preguntas con nubes de las turbaciones del principio,  
tal vez,  
de la ramificación de eso que nominan  
"el espíritu"...  
(Las madres, mi amiguito, son una, una sola, sin abajo y sin arriba  
de Kalíes y de Marías  
y sin visible ni invisible, y a los pies,  
todas, de los patíbulos...  
Yo, por mi parte, en una circunstancia, yo me vi  
—por cierto que ni a los tomillos

de Werfel—  
ya me vi en los ojillos  
de una ratonzuela, y te aseguro que apenas si llegué a castañetear y  
todavía  
como para mí,  
los siglos y siglos y siglos  
de las respuestas de centellas arrolladas en mis muelles...)  
Y es que se de remirar, mi amiguito, y en seguida,  
a él,  
en una desesperación que le dobla la de sólo ver y sólo oír,  
contra sus costillas,  
a la congoja ahogándose en el flujo, ahora, de las sílabas que aspira  
el vórtice de lo imposible  
del cariño...  
Y es que: es él que reincide, mi amiguito,  
ante mí  
pero pidiendo a una píldora  
el trocito de nada que le quedaría aún por morir  
antes de los píos,  
en su miedo de la pesadilla  
en acecho de unas ágatas que apelan y que apelan pasando por las  
fibras del  
[llanto, las cuentas  
de un rosario, por otro lado, sin cuento,  
entre los Niobes sin cuento...  
y de la pesadilla, también, de eso que le maniatara hasta lo íntimo  
de la participación, y así  
le sellara la fuente que, por las pestañas, la habrían  
siquiera dicho  
en suspensiones de cernidillo...  
Y es que asimismo me penetran, aún, los llamados aquéllos al bajar,  
él, al sitio,  
no tan ligero que no pudiera yo, en repliegue  
de liebrequilla,  
acogerme al mimetismo  
del cañaverál en barcino,  
a cuyo crepúsculo fuera, momentos antes despedida,  
apretándome el espanto, todavía,  
las tenazas, ésas, que cortaran, y por más de un ratito  
la amanecida  
de ronroneos, recién, de familia...  
y alzándome, puesta del revés, a su vista,  
para leer mi destino...:  
los llamados... y al punto, la inquietud por lo que hacía  
a mis víveres,  
al azar de unos envoltorcillos...  
y el empeño, luego, por regularizarlos, una vez  
que simpáticamente, o algo así,  
se conviniera una especie de citas en que ellos, entonces, investían  
el sigilo  
de la solicitud que velaba y que llegaba, aún, a variar los contenidos

y hasta nevarme en latitas  
el sueño, justamente, de mi bulimia,  
ése, que el seno en aridez de mi escondite,  
aunque en "maternidad" de briznas  
no hubiera podido, desde luego, escurrirme...:  
y las maniobras por ir acercándose a través de la corrida  
del "almuerzo" a la siesta,  
y al amor, casi, de un perezoso con ojos por arriba  
de la lectura, en mentira  
hacia las primicias de jade, con ruborizaciones, del granado, al  
henchir éste la niña  
de dulzuras, aún, en celdillas...  
en mentira, pues, yo, en verdad, sentía  
los rabillos  
sobre mi avance en línea  
bajo el hipnotismo  
de algo que, ni con la embotadura de la "solapa" no habría  
dispensándome de hacer crujir  
lo que era, hialinamente, su misma túnica...:  
maniobras, entonces, que no sólo me iban  
atrayendo al clima  
de esa "inmovilidad" y de esa vela, aún, que amanecía  
y anochecía en una esquina  
del fondo de la casa en unos copos que, así,  
me mataban, también, los dos suspiros  
de la entre-luz:  
no sólo éso, sino  
que en complicidad con el escalofrío  
que empezaba a titilar, vespertinamente, y despojaba de improviso,  
hasta mi abrigo,  
(y tiznaba, ya, desnudeces de bracillos  
sobre unos espectros de madrèporas, tal como su calentura,  
consecuentemente,  
[los fija  
en la subida  
a su frente de Abril...)  
hizo  
que accediera, muy pronto, a dormir  
en uno de los nidos  
de las "legos", a pesar del sobresalto de una nieve de huríes  
entre las estrellas,  
[desde allí  
aunque sobre el rameado, por otra parte, casi en lo invisible  
del "acá de su "paraíso"..."  
Ah, y me eriza, todavía  
la sorpresa, luego, de un ánima inclinándose en la madrugada sobre  
otro cajoncito  
con una brazada de lanillas,  
toda hipos:  
tres cachorros en depósito, expedidos  
a la piedad que sabían...

y eran, claro está, unas perritas  
o tres rollos de alba mas con la maldición que fuera mía  
y trascendiendo aún a mamilas...  
Ah, y me signe extrañando, en verdad, que a los tres días  
de intuir que ellas  
monopolizaban, explicablemente, los mimos,  
y que jugaban a reducir  
a poco menos que calcetas a los regulares del "asilo",  
sobre las uñas y los bufidos,...:  
me sigue extrañando que fuera yo como arrollada, muy encima  
de los intervalos del principio  
por ese alud de patitas y dientecillos,  
hasta resultar, sobre las estribaciones, de su hervor, aún a su caída  
al valle, ya, si lo había...  
hasta resultar un estaqueo de pelaje, sólo, a cargo de tres líneas  
de furor que por su parte no cedían  
ni una pizca de sí...  
(Y de este modo fue cómo, ¿lo recuerdas?, después de la partida  
en seguridad de las "junglistas"  
que no la dieran, precisamente, a nada de lo que apareciese al ras de  
sus colmillos  
en pruebas de "desgarrismo"...:  
cómo perdí del todo los remanentes de hurañez,  
y cómo me sentí  
en el centro, si cabe, de una providencia, con aquellos que venían y  
venían  
a ella, y los establecidos,  
dijérase, ya, en ella, pero todos, todos, en seguida  
o libremente, a un calorcillo  
de amor que no llegaba nunca a cerrarles la salida  
a su intemperie de esfinges  
o a sus deslizamientos, por entre las mallas de la duración, a la  
"celestia"  
y aun tras las escamas de Mana, en crecida,  
hacia la melodía  
en éxtasis, más lejos, si me permites, de las Miras,  
o mejor, de unas "Miras"...:  
de ese amor que pareciese haber venido de Lumbini  
antes que de Asís  
con sus extremos de oídos  
para las ulceraciones a que, como con alas, o poco menos, ocurría  
cuando, justo, otra vida  
ensortijábase en ellas, y les sanguinoleaba, pálidamente, es cierto,  
unos plañidos  
que tocarían, sólo, a las sílfides...:  
amor que, entonces, se dividía  
por el destino  
de tales rizos de voracidad que, aunque con dedos,  
consiguientemente, en barbillas,  
él debía,  
él, el amor,... decidir)

Y, ah, mi amiguito, últimamente, si se admite este corte en la unidad del siempre

[que asumí

gracias a la respuesta que, de chiripa

halló en tu sentimiento el azar, por otra parte, de mi aparición en el allí

entonces, de un sonambulismo

que se te abriría

consecuentemente, en brevedades de amaranto, más que de piedritas,

y uno con su desconocido

al buscarte, todas las veces, en los ojos, el minuto

de ser en tí...:

últimamente, pues,

entrecierro de nuevo, de nuevo, las siestillas

en esta casa, ya, de los junios

y de los Julios...

o esos duermevelas, antes bien, que ronroneaba en un hueco del cobijo

de tus pies, y así,

daba en ahondar la manta, doblemente, una dicha

que en verdad ni medio - dormía

bajo el presentimiento de que en nuestro alrededor y en aquéllo que excedía

las dimensiones que destinan

al "sur", a ese "sur", tanto peor, con espinas

a coronar lo invisible

y a horadar, a la vez, el tiempo, cuando éste, imposiblemente, aún mira...

bajo ese presentimiento, prosigo,

de que por ahí

el "sur" amorataba, ya, no sabía

que hábitos,

y qué llamados, ya, de ramas antes de quebrar, del otro lado, su quejido

contra el vacío...

mas dicha que, con todo, por momentos, te inquiría asimismo

reasumiendo sus ámbares en un par de lagunas en trance de morir...

te inquiría

por la estrella para la raíz

aunque la adivinara a merced de la marea que nos iba

acaso dirigir

detrás del espejo...: recaído

tu, quizás, en la presión de las profundidades cuya alma te habría

mirado por mis pupilas

en ese santiamén que precediese a sus preguntas madurando el "espacillo"

[ay, de una

chispa.

Pero, pero... lo que en medio de todo, nuevamente, acá, me duele es el sonido

a lágrimas de la vocecita  
de tu costilla...  
Era el seno de la noche el que no pudo, quizás, sino irrumpir  
articulando así  
lo que hubiera estelado, líquidamente, la vigilia...  
y entonces fuera un medio-decir  
de llanto por los puros derramados bajo el ara de la misa  
para la "pureza" al día. . . ?  
(Aunque por otra parte, las mayorías  
de la "misericordia", tú lo sabes, se deciden a abatir la pared de los  
gemidos  
por la que treparan siglos  
de un canibalismo, en realidad, más que de un fraticidio,  
que a ellas les volvía  
las apelaciones como del vacío,  
mas con, salpicaduras de complicidad, todas, al fin...  
y se deciden, aún, a prevenir  
el flujo de esas inmolaciones que aguzan las crestillas  
prontas a explayar para sus Baals o su transformación, por el confín,  
a la cadena,  
[de las vidas,  
mares y mares de vidas...  
y se deciden, por consiguiente, a alzar, ellas, la actitud  
que abatían desde el principio  
las actitudes que se alzan sobre millones y millones de muertes por  
minuto,  
y son, todavía, ungidas...)  
Pero estaba ella llagada por lo que viera en aquella oscuridad  
mojándome, ¿cómo? en un rocío  
que le fijaba, acaso, un adiós de cerillas  
a lo que ella me había también tendido  
y de lo que de ella, asimismo  
yo requerile...  
Y con todo esto, es la inmersión en lo que adviene y no en lo que es,  
en el anhelo

[de una alquimia  
de donde emergerían, entonces, las figurillas  
de lo único  
y el estremecimiento en los vínculos  
que nos ligan a aquello que tiembla más allá de lo que nos aísla  
aún por las desgarraduras del sueño:  
éso es lo que quisiera recordarte antes de irme.  
a lo que no es la piel, no, sólo, en unos haces de rayos, sino,  
además, el reasumir  
la mariposa del ámbar, que aquí  
nadie, nadie, ni siquiera, me parece, adivina  
ni menos, por Dios! podrían adivinar las "graciocillas" de herejías,  
así horizontalicen  
más, si es concebible, más todavía,  
la molicie

que corresponde al "valor" de "cordoncillos".  
en contante y en prerrogativas,  
aunque de "papel" por la faz, diz,  
con el dorado al revés en el revés de los fondillos  
bajo el "azul" del peligro...  
Y aquéllo, aparte de que llegando aún las úlceras a ver, tras de los  
límites,  
en el desvanecimiento de jalde, sobre los rejos  
que lo negarían,  
la melancolía, en continuidad, del "Ying",  
no podrán hacerse cargo del dolor que hoy tiende su agonía  
despidiéndola de sus giros  
hacia lo que presiente en planeamientos sobre los contrapuntos por  
fundirse  
en las tensiones y distensiones que van de la misma  
ausencia hasta el ángel...  
y en unidad  
con la sangre que linda  
y extralinda  
por las heridas aún del éter o de éso que no es, solamente, del aquí  
que han establecido.  
Pero la verdad, después de todo, es que he tentado mirarme en lo  
que habrías  
esperado de mí  
y desde ese sufrimiento que te abre noche a noche el olvido,  
en una sangría  
que no promete cortarse oyendo, a tu lado, el siempre de unos ojos  
deshaciéndose

[sobre la orilla  
de su impotencia frente al infinito  
en crecida  
sobre otros que palidecen...  
Mas es verdad, también, que los dos estamos, al final, en un lío  
de serpentinillas  
que no han podido menos de torcerse con lo que nos torcía  
en el juego por cubrirnos  
o cubrirte  
del "miércoles" de "botas" por calzar, ahora, la ceniza  
para no dar "cuartel", dicen,  
a los que ya comienzan a rehusar, también, por otro lado, la  
cuaresma que de arriba  
se les inflige.  
y la enajenación, por ende, de la corambre, a aquéllas, y aún del  
mismo  
"polvo" que pisan...  
Y así los papelitos con que hemos pretendido  
encortinar la velada  
aparecerían, a pesar de nosotros, enredándonos, sarcásticamente,  
unas sonrisas  
por entre los picos

de la del fin,  
que se lastiman contra algo que tendría  
más que del vidrio,  
del cinc,  
en el amanecer, advierte, del "embotamiento" a cernir  
lo "inane" del gris...

Sin embargo, sin embargo, ya en la madeja de las "simbologías"  
pero tirando de unos hilos  
en espiral o en círculos, si se quiere, sobre sí,  
he de, a la vez, decirte  
que no han de demorar tampoco, en el aquí de aquí  
los ramos del Domingo  
en las Pascuas, también, del "ínfimo",  
ya que no puede sino tenerlas tanto dejar de ser, igualmente, de  
semillas,  
para el ser "justo" de la vendimia...  
Por lo demás, ya sabes, no hay separación que se defina  
entre muertos y vivos  
en una como corrida  
de temperaturas en dilatación o superposición, diría, de climas,  
en pasajes que aún no se perciben...  
y todo en un continuo de conciencia en que el amor va retirando hilas,  
o transparentándola, más bien,  
porque nunca, quizás, han de dejar de herirse  
los tejidos  
en la punta de las olitas  
del espacio-tiempo en huida...  
Y de ahí esos ojos que miran, y miran, miran,  
cierto, desde las campanillas...  
y bajan, si cabe, hasta lo imposible  
del cariño  
que los retuvo una vez  
y hasta se angustian con la angustia que no puede dormir  
ante otros ojos que, todavía,  
se les unen en una como ruina de misterios en pendientes de gotitas...  
y aunque son los del desafío,  
en cierta manera, a la creación, dardearían, dardearían  
con los azufres del "maldito"  
a la "maldición" misma  
hasta lograr que ésta devuelva la sangre que pilló,  
con "correderas", y todo, de "suris",  
y menos íntimamente, con espasmos de timbas "liquidando", ahí no  
más, sobre el tapiz  
bajo una urgencia de tiza...

### **DEL OTRO LADO...**

Del otro lado... mas de cuál de tu silencio, todavía  
amarillamente me miras...  
y allende el espectro, aún, tal como solías  
hacerlo aquí

atravesando, además, merced a ése tu invisible  
de topacios que trasminarían,  
hasta los aparecidos  
de la pena en el afuera, consecuentemente, del frío...  
atravesando la neblina  
que habría concluido por cernir  
el nunca mismo...:  
me miras y me dices con ese soplo tuyo que no llegaba a oírse  
ni cuando, continuándome, lo tejías:  
me dices:  
seca, amigo, tu vigilia...  
sécala...  
y descíndele esas hojillas  
que a veces le aíslan  
la caída  
al más abajo del río,  
aunque para emerger el alma, es cierto, nuevamente, al celeste  
extraviado en el vidrio  
por el azoramiento y la humedad de unas pupilas  
al asomarse al minuto  
Seca, amiguito, entonces, tu vigilia  
pues nosotros pasamos no sé cómo, y en seguida  
del horror que viste  
bajo eso de la vecina, más si cabe, prohibido  
a las mancillas  
de los tachadores de límites  
ya que sacramentaba no tan sólo la purificación de la familia  
toda, del "hilo"  
sino de la "infamia" aún de lo visible  
y hasta de lo invisible  
que "tocaría", en tal caso, a los bramines  
con sólo una, ramita  
que, sobre la tapia, les rindiera unas púrpuras de Tirio,  
o con un tallo que, colindando, les humillase unos racimos  
de oro de Ophir,  
o con la celebración, todavía,  
que al atardecer, episcopalmente, les ungiera en amatistas  
sus alardes de gasolina...  
pues, pasamos —repito— en seguida  
del horror que moriste  
más que viste  
bajo eso que no, no lo "lavara", no, ni desfondando su lejía  
sobre las tinieblas del ángel...:  
pasamos a una existencia que, de aquí, naturalmente extrañase  
a lo que se llama vida,  
pero en la cual, hojas y hojas en la orilla.  
acaso,  
del plenilunio del Nilo,  
dan en fosforecer un rastreo de sombrillas  
o de quita-serenos, diría,  
en una memoria de las que acá nos acogían

bajo el maleficio  
que lloraba el propio "Ojo de Ra" hacia los fines  
del estío...:  
me acogían con el "Negrito",  
éste que, de debajo de unas ruedas y sin concluir  
su lacrado el "sino"  
que dicen,  
justo, ayer, me fuera restituido  
con el hipo,  
todavía, de la resina...:  
ése que, ¿lo recordarías?  
jugaba a dispararme enlazamientos de sombras en cariños  
de manguitos  
cuando el jardincillo  
a que con ustedes salíamos,  
iba dejando sin sostén y en un modo de ánimas, tras sí,  
unas estelas de jazmín...  
ése, cuyo afelpado, al momento  
peinaba lampos que no habían aún aparecido  
y azulaba en chispas  
la ultra-noche, si me permites, que debía  
a los dos requerirnos  
con una soledad de efluvios  
viniendo, quizás, de los desprendimientos que a los cielos del  
principio,  
al deshojarlos, les impusieran  
unos cataclismos...  
Y ni qué decir: aquellas hojas de Isis,  
tal vez, que tapizan  
y pierden, lunarmente, las riberas de la divinidad que miraría  
por nuestras niñas:  
no podrían extinguir  
de éstas que "entristecen" para siempre, sí,  
bien que por un humor de la pila,  
la "gracia" de una heroína  
de Lamartine...:  
de éstas, las del círculo del Cesto y su final de remolinos  
con el despido  
contra las puntas del día  
de unas risas cuyo "espíritu"  
no podría extinguir  
ni el apocalipsis  
de los seiscientos caballos desatando, simultáneamente, la huida  
y por su parte en el "giro"  
también del "juicio"  
bajo el otro de los clarines  
que, desde las perchas de por ahí  
desgarran, ya, la palidez y dan un anticipo  
del "último" por venir,  
para los "primeros" en galones por la hazaña de escanciar, y hasta el  
crujido,

las venas, más que las viñas  
de los Josafat de esta orilla...:  
y en una medida  
aun de galón por cada sed,  
tras los cuarteles que, ahora, más estrelladamente, la signan  
sobre sable, está dicho. ...:  
de estas "heroínas", sigo, bebedoras pues de whisky  
y no de la leche del cielo...:  
de éstas que, habiendo contraído sobre su apelativo  
unas jinetas, todavía,  
resultan "obligadas", así,  
no sólo a "dégainer" sino, además, a iniciar a sus chiquillos  
en la valentía  
de aplastar a unos recién nacidos...  
y a la vista  
de otra madre, al fin,  
aunque, por nacimiento, ésta, en una piel que no debe, de  
consiguiente, al frío  
ni al exterminio de nadie  
en el linaje en que los siglos, atigrándolos, terminaran por tupirle  
estambres en nubecillas...  
de otra madre, pues, decidida,  
oh, desde el "asco" de su condición y de su trance, a no huir  
sobre sus seis agonías...  
Y eso que hubiera podido hacerlo, tirándome  
en rayos, hasta inscribirles  
en cera  
un entrelazamiento de líneas en despídos y corridas y vahídos  
de estrellas y redecillas...  
y la fluorescencia, un mas, de una suerte de Erimnia  
con azufres a la mira,  
y desenvainándoles, aún, lunitas,  
para jugarles, a un tiempo, la iluminación del "caído"  
en la inminencia, por añadidura,  
del "virus":  
ése que, entre otros beneficios,  
permite, ahora, apagar con una bala, y contra el sueño, todavía,  
de una puerta de por ahí  
al fondo de un patiecillo,  
los ojos que confían a los ojos del bípedo, a partir  
del cubil,  
su segundo de eternidad...  
y que nunca le han cerrado la velada  
a lo largo de lo desconocido...  
ni la tierra, aún, sobre lo desconocido  
al llegar a latir, póstumamente, casi, aunque en lo audible  
la apelación a la sima,  
mientras aflora ésta, desde unos restos en disputa  
con la ceniza,  
esas llamas en que deben de seguir  
el "aura" todavía...

Hubiera podido, yo, entonces, huir  
a favor de ese pánico de cera que se resolvería,  
albinamente, en lo íntimo  
y esforzaría, luego, el mecanismo de ése (perdón, ése, otra vez) que  
me viniese  
en quimera de nieve  
a deshelar en el "jamás" la sombra que yo había  
tan luego elegido  
para mis dádivas a la luz,  
sin sospechar, claro, que el secreto, ése, aparentemente, de los grillos  
era la proyección sobre el baldosín,  
de nada menos que la inviolabilidad dada a un ministro  
de la "purísima"...  
Hubiera podido huir, sí, hubiera podido...  
y más cuando el terror les hubiese a una desprendido  
los palos y el rifle...  
Huir  
y ganar en un vuelo la paz de la cocina y la alegría  
de los reencuentros y de los mimos  
seguidos de la sorpresa, es cierto, por el otro "vacío"  
que me demorase tras la comida  
aunque sin asimilarlo, desde luego, al "olvido"  
de la "coronelilla"  
desembragando hacia los céspedes o en dirección a las "mesitas"  
según las devociones del "chic",  
ante el llanto de los chicos consignado, maternalmente, al "servicio"  
de los paños que no "servirían"  
bajo los derrames, al grito, de la radio en paroxismo  
como para desleir  
el barrio, y no dejar en su integridad, a la vez, ni un tímpano en el  
mismo  
con los descuellos en filo...  
Hubiera podido, insisto, huir...  
huir... aunque hubiese sido únicamente" para corresponder a la  
aflicción que  
[intercedía  
Ya solo por mí  
ante por consiguiente, la "des-graciaila"  
que el camino  
le cerraba en dueña...  
aflicción que me allegaba, calando aún la algarabía,  
la voz aquélla de la salida  
del baldío...  
la que, primero, en ese diciembre de las diez,  
descendiera sobre mis gritos  
entre un enredijo  
de guías en penumbra, al que ocelaba, intermitentemente, el oro de  
una brisa  
de paraísos,  
pero que mojaba todavía... todavía...  
mi azoramiento de desvalida...:

la voz que hube, ahora, de adivinar como cortándose a la orilla  
de un precipicio:  
adivinarla a través del zumbido  
— ¿en qué laberinto?—  
con que la deflagración, supersónicamente, me reverberaba no  
sabía  
qué tañir  
pero que resultase a pasaje...  
y el que dije...  
    Más yo que te rogaba, y hace rato, enjugar el desvelo  
yo, por lo visto  
no hago, ay, sino abrirle  
un Estige  
que, contrariamente al otro, y a lo largo de la luz, sola ha de permitirle  
mirar por las heridas...  
Y es que, mi amiguito, ese estupor que nos aplican,  
ese estupor de vivir,  
es el abismamiento, otra vez, del iris  
en unas pupilas  
que no pueden fijar ni nictálopemente, ni al segregar las estrellitas  
que vio tu mujer, casi  
en simultaneidad con las tuyas o por en medio de los hilos  
que extremarían,  
goteándolo, su equilibrio...  
que no pueden fijar  
el sentido  
de esa heráldica que, al parecer, finca  
en ilustrar el "azur" de la especie  
y el armiño  
de un habido de bienes en mal, por otra parte, de raíces,  
en abonos de peonerías  
y en limos  
patrióticamente, luego, de quintos...:  
en ilustrarlos con el suero, sin un respingo,  
del "ínfimo",  
y en las piezas, en piezas  
de la "villanía",  
y ello en "cruzadas", si en villa, hasta el país...  
de las segregaciones... o del fondito...  
Y es que, mi amiguito, las pupilas se me vierten, oscuramente, aquí,  
al ver, como lo hice,  
luego, de allá, y ay, por encima  
de la rueca con que ya daba en reducir,  
guturalmente, el olvido  
de los cabellos del éter, y hecha toda un ovillo  
con mis cachorritos...:  
al ver, te decía, una figura de humo que sin duda pretendía  
regresar a sus papelillos  
    pero flotaba, curvándose, curvándose, muy arriba de las cifras  
de los follajes de nieve...  
o desgarrando algo como filamentos de cirros,

en desespero de lluvia...

Y es que, mi amiguito, me toca, seguidamente, reasistir a una cena de sombras

[en un tris

de ingerir, en verdad, su mutismo,

el que, de adentro, y por instantes, los conmina

con hundirlos

en un torbellino

de silencio de sal que les secará los ojos, y por más de unos minutos

si retornasen de su desvío

Y es que, mi amiguito se me vuelca, aún más, la vista

al rever, después, la asfixia

o poco menos, de ella, ya en el lecho, y con dificultad para emitirla,...

de ella mirando por arriba

del pecho en hipos...

mirando y anegándose al asomarse, otra vez, a las dos simas

que antípodamente, o casi, le escurrían

la inminencia, sin revocación, de una manera de sub-escalofrío

desde debajo de unos cirios

de aljibe...

Y es que, consiguientemente, mi amigo, es aún mi recaída

en la inquietud por la madrecita

a merced del remolino de otras lágrimas que, al parecer, no terminan

de mojarle lo inaprensible

de unas preguntas con nubes de las turbaciones del principio,

tal vez,

de la ramificación de eso que nominan

"el espíritu"...

(Las madres, mi amiguito, son una, una sola, sin abajo y sin arriba

de Kalíes y de Marías

y sin visible ni invisible, y a los pies,

todas, de los patíbulos...

Yo, por mi parte, en una circunstancia, yo me vi

—por cierto que ni a los tomillos

de Werfel—

ya me vi en los ojillos

de una ratonzuela, y te aseguro que apenas si llegué a castañetear y todavía

como para mí,

los siglos y siglos y siglos

de las respuestas de centellas arrolladas en mis muelles...)

Y es que se de remirar, mi amiguito, y en seguida,

a él,

en una desesperación que le dobla la de sólo ver y sólo oír,

contra sus costillas,

a la congoja ahogándose en el flujo, ahora, de las sílabas que aspira el vórtice de lo imposible

del cariño...

Y es que: es él que reincide, mi amiguito,

ante mí

pero pidiendo a una píldora  
el trocito de nada que le quedaría aún por morir  
antes de los píos,  
en su miedo de la pesadilla  
en acecho de unas ágatas que apelan y que apelan pasando por las  
fibras del  
[llanto, las cuentas  
de un rosario, por otro lado, sin cuento,  
entre los Niobes sin cuento...  
y de la pesadilla, también, de eso que le maniatara hasta lo íntimo  
de la participación, y así  
le sellara la fuente que, por las pestañas, la habrían  
siquiera dicho  
en suspensiones de cernidillo...  
Y es que asimismo me penetran, aún, los llamados aquéllos al bajar,  
él, al sitio,  
no tan ligero que no pudiera yo, en repliegue  
de liebrequilla,  
acogerme al mimetismo  
del cañaveral en barcino,  
a cuyo crepúsculo fuera, momentos antes despedida,  
apretándome el espanto, todavía,  
las tenazas, ésas, que cortaran, y por más de un ratito  
la amanecida  
de ronroneos, recién, de familia...  
y alzándome, puesta del revés, a su vista,  
para leer mi destino...:  
los llamados... y al punto, la inquietud por lo que hacía  
a mis víveres,  
al azar de unos envoltorcillos...  
y el empeño, luego, por regularizarlos, una vez  
que simpáticamente, o algo así,  
se conviniera una especie de citas en que ellos, entonces, investían  
el sigilo  
de la solicitud que velaba y que llegaba, aún, a variar los contenidos  
y hasta nevarme en latitas  
el sueño, justamente, de mi bulimia,  
ése, que el seno en aridez de mi escondite,  
aunque en "maternidad" de briznas  
no hubiera podido, desde luego, escurrirme...:  
y las maniobras por ir acercándose a través de la corrida  
del "almuerzo" a la siesta,  
y al amor, casi, de un perezoso con ojos por arriba  
de la lectura, en mentira  
hacia las primicias de jade, con ruborizaciones, del granado, al  
henchir éste la niña  
de dulzuras, aún, en celdillas...  
en mentira, pues, yo, en verdad, sentía  
los rabillos  
sobre mi avance en línea  
bajo el hipnotismo

de algo que, ni con la embotadura de la "solapa" no habría  
dispensándome de hacer crujir  
lo que era, hialinamente, su misma túnica...:  
maniobras, entonces, que no sólo me iban  
atrayendo al clima  
de esa "inmovilidad" y de esa vela, aún, que amanecía  
y anochecía en una esquina  
del fondo de la casa en unos copos que, así,  
me mataban, también, los dos suspiros  
de la entre-luz:  
no sólo éso, sino  
que en complicidad con el escalofrío  
que empezaba a titilar, vespertinamente, y despojaba de improviso,  
hasta mi abrigo,  
(y tiznaba, ya, desnudeces de bracillos  
sobre unos espectros de madréporas, tal como su calentura,  
consecuentemente,  
[los fija  
en la subida  
a su frente de Abril...)  
hizo  
que accediera, muy pronto, a dormir  
en uno de los nidos  
de las "legos", a pesar del sobresalto de una nieve de huríes  
entre las estrellas,  
[desde allí  
aunque sobre el rameado, por otra parte, casi en lo invisible  
del "acá de su "paraíso"..."  
Ah, y me eriza, todavía  
la sorpresa, luego, de un ánima inclinándose en la madrugada sobre  
otro cajoncito  
con una brazada de lanillas,  
toda hipos:  
tres cachorros en depósito, expedidos  
a la piedad que sabían...  
y eran, claro está, unas perritas  
o tres rollos de alba mas con la maldición que fuera mía  
y trascendiendo aún a mamilas...  
Ah, y me signe extrañando, en verdad, que a los tres días  
de intuir que ellas  
monopolizaban, explicablemente, los mimos,  
y que jugaban a reducir  
a poco menos que calcetas a los regulares del "asilo",  
sobre las uñas y los bufidos,...:  
me sigue extrañando que fuera yo como arrollada, muy encima  
de los intervalos del principio  
por ese alud de patitas y diente-cillos,  
hasta resultar, sobre las estribaciones, de su hervor, aún a su caída  
al valle, ya, si lo había...  
hasta resultar un estaqueo de pelaje, sólo, a cargo de tres líneas  
de furor que por su parte no cedían

ni una pizca de sí...

(Y de este modo fue cómo, ¿lo recuerdas?, después de la partida  
en seguridad de las "junglistas"  
que no la dieran, precisamente, a nada de lo que apareciese al ras de  
sus colmillos  
en pruebas de "desgarrismo"...:  
cómo perdí del todo los remanentes de hurañez,  
y cómo me sentí  
en el centro, si cabe, de una providencia, con aquellos que venían y  
venían  
a ella, y los establecidos,  
dijérase, ya, en ella, pero todos, todos, en seguida  
o libremente, a un calorcillo  
de amor que no llegaba nunca a cerrarles la salida  
a su intemperie de esfinges  
o a sus deslizamientos, por entre las mallas de la duración, a la  
"celestia"  
y aun tras las escamas de Mana, en crecida,  
hacia la melodía  
en éxtasis, más lejos, si me permites, de las Miras,  
o mejor, de unas "Miras"...:  
de ese amor que pareciese haber venido de Lumbini  
antes que de Asís  
con sus extremos de oídos  
para las ulceraciones a que, como con alas, o poco menos, ocurría  
cuando, justo, otra vida  
ensortijábase en ellas, y les sanguinoleaba, pálidamente, es cierto,  
unos plañidos  
que tocarían, sólo, a las sílfides...:  
amor que, entonces, se dividía  
por el destino  
de tales rizos de voracidad que, aunque con dedos,  
consiguientemente, en barbillas,  
él debía,  
él, el amor,... decidir)  
Y, ah, mi amiguito, últimamente, si se admite este corte en la unidad  
del siempre  
[que asumí  
gracias a la respuesta que, de chiripa  
halló en tu sentimiento el azar, por otra parte, de mi aparición en el  
allí  
entonces, de un sonambulismo  
que se te abriría  
consecuentemente, en brevedades de amaranto, más que de  
pedritas,  
y uno con su desconocido  
al buscarte, todas las veces, en los ojos, el minuto  
de ser en tí...:  
últimamente, pues,  
entrecierro de nuevo, de nuevo, las siestillas  
en esta casa, ya, de los junios

y de los Julios...  
o esos duermevelas, antes bien, que ronroneaba en un hueco del  
cobijo  
de tus pies, y así,  
daba en ahondar la manta, doblemente, una dicha  
que en verdad ni medio - dormía  
bajo el presentimiento de que en nuestro alrededor y en aquéllo que  
excedía  
las dimensiones que destinan  
al "sur", a ese "sur", tanto peor, con espinas  
a coronar lo invisible  
y a horadar, a la vez, el tiempo, cuando éste, imposiblemente, aún  
mira...  
bajo ese presentimiento, prosigo,  
de que por ahí  
el "sur" amorataba, ya, no sabía  
que hábitos,  
y qué llamados, ya, de ramas antes de quebrar, del otro lado, su  
quejido  
contra el vacío...  
mas dicha que, con todo, por momentos, te inquiría asimismo  
reasumiendo sus ámbares en un par de lagunas en trance de morir...  
te inquiría  
por la estrella para la raíz  
aunque la adivinara a merced de la marea que nos iba  
acaso dirigir  
detrás del espejo...: recaído  
tu, quizás, en la presión de las profundidades cuya alma te habría  
mirado por mis pupilas  
en ese santiamén que precediese a sus preguntas madurando el  
"espacillo"

[ay, de una

chispa.

Pero, pero... lo que en medio de todo, nuevamente, acá, me duele es  
el sonido

a lágrimas de la vocecita  
de tu costilla...

Era el seno de la noche el que no pudo, quizás, sino irrumpir  
articulando así

lo que hubiera estelado, líquidamente, la vigilia...

y entonces fuera un medio-decir

de llanto por los puros derramados bajo el ara de la misa  
para la "pureza" al día. . . ?

(Aunque por otra parte, las mayorías

de la "misericordia", tú lo sabes, se deciden a abatir la pared de los  
gemidos

por la que treparan siglos

de un canibalismo, en realidad, más que de un fratricidio,  
que a ellas les volvía

las apelaciones como del vacío,

mas con, salpicaduras de complicidad, todas, al fin...

y se deciden, aún, a prevenir  
el flujo de esas inmolaciones que aguzan las crestillas  
prontas a explayar para sus Baals o su transformación, por el confín,  
a la cadena,

[de las vidas,

mares y mares de vidas...

y se deciden, por consiguiente, a alzar, ellas, la actitud  
que abatían desde el principio  
las actitudes que se alzan sobre millones y millones de muertes por  
minuto,

y son, todavía, unguadas...)

Pero estaba ella llagada por lo que viera en aquella oscuridad  
mojándome, ¿cómo? en un rocío

que le fijaba, acaso, un adiós de cerillas

a lo que ella me había también tendido

y de lo que de ella, asimismo

yo requerile...

Y con todo esto, es la inmersión en lo que adviene y no en lo que es,  
en el anhelo

[de una alquimia

de donde emergerían, entonces, las figurillas

de lo único

y el estremecimiento en los vínculos

que nos ligan a aquello que tiembla más allá de lo que nos aísla  
aún por las desgarraduras del sueño:

éso es lo que quisiera recordarte antes de irme.

a lo que no es la piel, no, sólo, en unos haces de rayos, sino,  
además, el reasumir

la mariposa del ámbar, que aquí

nadie, nadie, ni siquiera, me parece, adivina

ni menos, por Dios! podrían adivinar las "graciocillas" de herejías,

así horizontalicen

más, si es concebible, más todavía,

la molicie

que corresponde al "valor" de "cordoncillos".

en contante y en prerrogativas,

aunque de "papel" por la faz, diz,

con el dorado al revés en el revés de los fondillos

bajo el "azul" del peligro...

Y aquéllas, aparte de que llegando aún las úlceras a ver, tras de los  
límites,

en el desvanecimiento de jalde, sobre los rejos

que lo negarían,

la melancolía, en continuidad, del "Ying",

no podrán hacerse cargo del dolor que hoy tiende su agonía

despidiéndola de sus giros

hacia lo que presiente en planeamientos sobre los contrapuntos por  
fundirse

en las tensiones y distensiones que van de la misma

ausencia hasta el ángel...

y en unidad  
con la sangre que linda  
y extralinda  
por las heridas aún del éter o de éso que no es, solamente, del aquí  
que han establecido.  
Pero la verdad, después de todo, es que he tentado mirarme en lo  
que habrías  
esperado de mí  
y desde ese sufrimiento que te abre noche a noche el olvido,  
en una sangría  
que no promete cortarse oyendo, a tu lado, el siempre de unos ojos  
deshaciéndose

[sobre la orilla  
de su impotencia frente al infinito  
en crecida  
sobre otros que palidecen...  
Mas es verdad, también, que los dos estamos, al final, en un lío  
de serpentinillas  
que no han podido menos de torcerse con lo que nos torcía  
en el juego por cubrirnos  
o cubrirte  
del "miércoles" de "botas" por calzar, ahora, la ceniza  
para no dar "cuartel", dicen,  
a los que ya comienzan a rehusar, también, por otro lado, la  
cuaresma que de arriba  
se les inflige.  
y la enajenación, por ende, de la corambre, a aquéllas, y aún del  
mismo  
"polvo" que pisan...  
Y así los papelitos con que hemos pretendido  
encortinar la velada  
aparecerían, a pesar de nosotros, enredándonos, sarcásticamente,  
unas sonrisas  
por entre los picos  
de la del fin,  
que se lastiman contra algo que tendría  
más que del vidrio,  
del cinc,  
en el amanecer, advierte, del "embotamiento" a cernir  
lo "inane" del gris...

Sin embargo, sin embargo, ya en la madeja de las "simbologías"  
pero tirando de unos hilos  
en espiral o en círculos, si se quiere, sobre sí,  
he de, a la vez, decirte  
que no han de demorar tampoco, en el aquí de aquí  
los ramos del Domingo  
en las Pascuas, también, del "ínfimo",  
ya que no puede sino tenerlas tanto dejar de ser, igualmente, de  
semillas,  
para el ser "justo" de la vendimia...

Por lo demás, ya sabes, no hay separación que se defina  
entre muertos y vivos  
en una como corrida  
de temperaturas en dilatación o superposición, diría, de climas,  
en pasajes que aún no se perciben...  
y todo en un continuo de conciencia en que el amor va retirando hilas,  
o transparentándola, más bien,  
porque nunca, quizás, han de dejar de herirse  
los tejidos  
en la punta de las olitas  
del espacio-tiempo en huida...  
Y de ahí esos ojos que miran, y miran, miran,  
cierto, desde las campanillas...  
y bajan, si cabe, hasta lo imposible  
del cariño  
que los retuvo una vez  
y hasta se angustian con la angustia que no puede dormir  
ante otros ojos que, todavía,  
se les unen en una como ruina de misterios en pendientes de gotitas...  
y aunque son los del desafío,  
en cierta manera, a la creación, dardearían, dardearían  
con los azufres del "maldito"  
a la "maldición" misma  
hasta lograr que ésta devuelva la sangre que pilló,  
con "correderas", y todo, de "suris",  
y menos íntimamente, con espasmos de timbas "liquidando", ahí no  
más, sobre el tapiz  
bajo una urgencia de tiza...